



www.loqueleo.com/es

© 2017, Maite Carranza

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-258-3

Depósito legal: M-15.017-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Mapa: Jorge Arranz

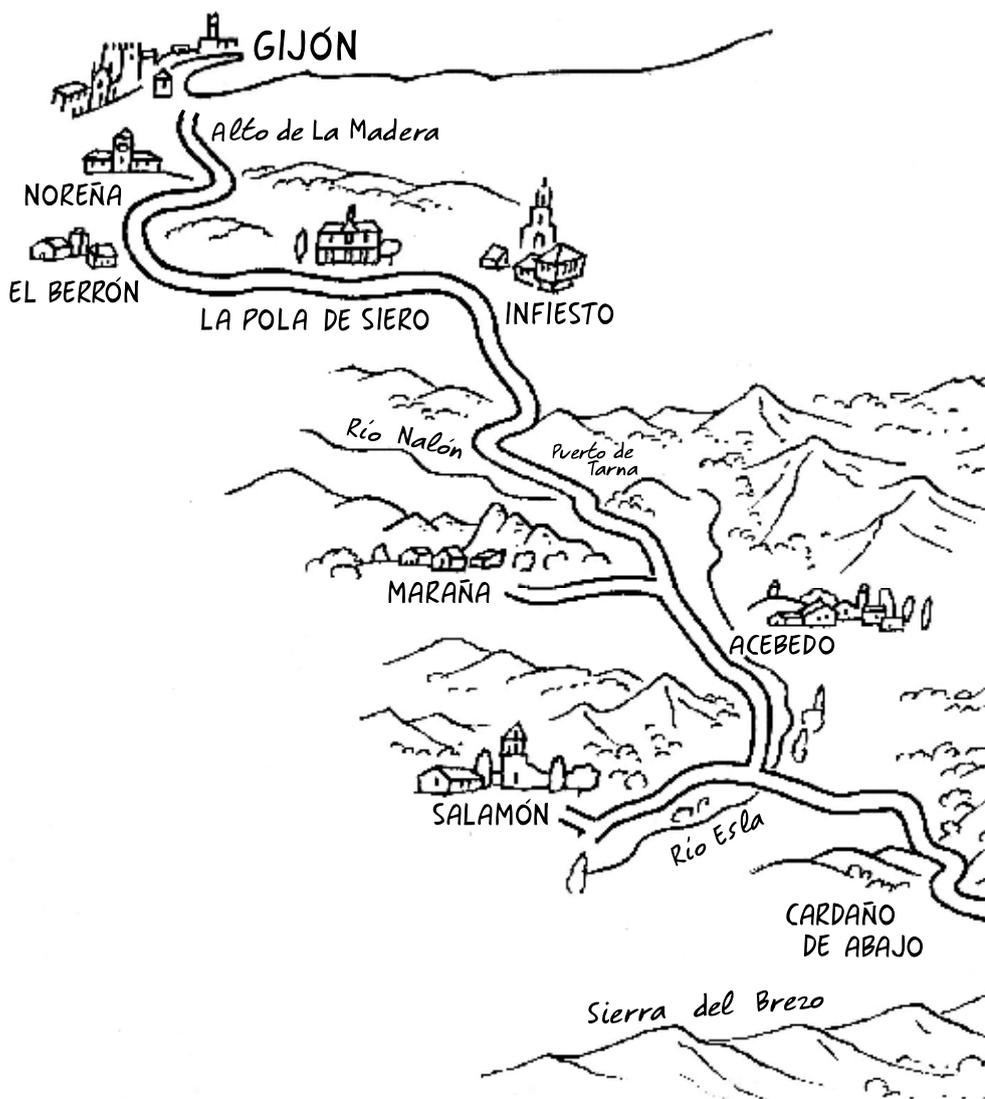
Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

UNA BALA PARA EL RECUERDO

MAITE CARRANZA

loqueleg

*A Marce, Claudina y Elpidio,
que me enseñaron a amar su tierra.*



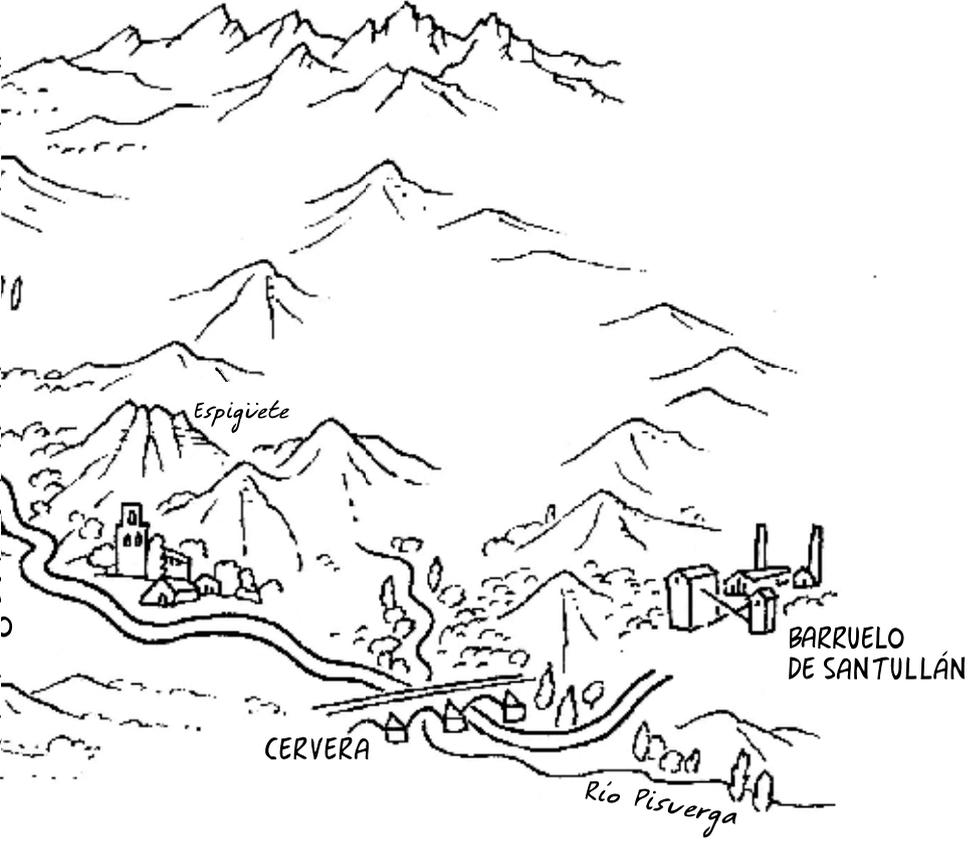
Picos de Europa

Espigüete

CERVERA

BARRUELO
DE SANTULLÁN

Río Pisuegra



Primera parte

El viaje de Miguel Serna

*Heme aquí,
yo guardé madera en el muelle.
Vosotros no sabéis
qué es
guardar madera en el muelle:
pero yo he visto llover
a cántaros sobre los botes,
y guarecerse bajo los tablones el salario de la angustia:*

*bajo los pinos de Flandes
y los melis,
bajo los cedros sagrados.*

*Quando los carabineros acechaban en la noche
y la bóveda del cielo era un túnel sin luz en los vagones,
hice un fuego de estrellas en las fauces del lobo.*

*Vosotros no sabéis
qué es
guardar madera en el muelle:*

*pero todas las manos de todos los granujas
como una farándula
se juramentaban al abrigo de mi fuego:
y era casi un milagro
que calentaba las manos ateridas;
y los pasos se perdían en la niebla.*

*Vosotros no sabéis qué es guardar madera en el muelle.
Ni sabéis la oración de las farolas de los barcos
—que son de tantos colores
como la mar al sol:
que no precisa velas.*

El recuerdo de un padre

A pesar de los años transcurridos nunca he olvidado lo que sucedió aquel día.

13

Era una tarde calurosa de junio, de esas de bochorno. Las moscas, pesadísimas, zumbaban insistentemente sobre mi cabeza, se me metían en las orejas y cosquilleaban mis piernas. A mis trece años aún llevaba pantalón corto incluso en invierno.

En aquellos momentos estaba en el prado apacentando las vacas de Severiano y ahuyentando moscas a manotazos.

—¡Miguelín! —oí que me llamaban.

Al levantar la cabeza no reconocí al militar que subía la ladera del monte resoplando. Vestía un uniforme raído y traía un brazo en cabestrillo.

Me llevé los dedos a la boca y solté un silbido para avisar a mi perra Greta, por si acaso. Con ella a mi lado me sentía más seguro.

—Quieta aquí, Greta, vigila —le susurré mirando de reojo al soldado.

Era el año 38 y en las montañas palentinas, después de tanta guerra, nadie se fiaba de nadie.

—Soy Yago, ¿te acuerdas de mí? —me dijo al acercarse con la cara sudorosa.

¡Pues claro! Yago era un amigo de mi padre, un barrenista al que le faltaban dos dedos de la mano izquierda. El alzamiento del 36 le pilló en Aguilar de Campoo visitando a un pariente y ahí se quedó, en el bando nacional. Me saludó con un apretón de manos, como hacen los hombres. Se le veía alegre y olía a sidra y a ese queso pestilente lleno de gusanos que comen los vaqueiros asturianos.

14

—Vine celebrándolo, chico —dijo para justificarse—, medio se acabó la guerra y me libraron del servicio por la metralla del brazo.

Y, poniéndose serio, me dio una palmada compasiva en la espalda.

—Anda, vamos para Barruelo, que tengo noticias de tu padre.

Palidecí. Las noticias buenas venían caminando, como Yago, y se explicaban solas. Las noticias que llegaban de boca en boca siempre eran malas. No quise preguntar, no quise saber lo que le había sucedido a mi padre en esos dos años de guerra sin noticias. Pero lo pensaba.

Muerto, muerto, padre está muerto, me repetía una y otra vez para acostumbrarme a la idea que barruntaba desde hacía tiempo.

—Acompáñame, venga, vamos a hablar con tu madre, que ya estás hecho un mozo.

Aguanté la respiración esperando la noticia. Pero Yago no quería darme el disgusto delante de mis vacas. O

quizás prefería esperar a hacerlo delante de mi madre y así verme sufrir. Nunca entenderé la crueldad de algunos adultos.

—Pero...

—No hay peros que valgan, que estas se apañan sin ti.

«Estas» eran las vacas, que fingieron indiferencia al ver que yo me iba con Yago. Aunque era un truco muy viejo, las conocía de sobra y no me fiaba un pelo de ellas. Así pues, dejé a mi perra Greta vigilándolas y evité pensar en la noticia de Yago.

15

—Mordisco a las patas, ya sabes, que no entren donde Remigio.

Las vacas son muy caprichosas y las mías, a saber por qué, se habían encaprichado del prado del vecino. Quizás les parecía que tenía un pasto más apetitoso. Hay que ver lo envidiosas y lo malas que son las vacas. Aprendí mucho de ellas.

Mi madre consiguió que Severiano, un viudo sin hijos, me contratara por un jornal de hambre para cuidarle las vacas. Se me daban bien. El trabajo consistía en ordeñarlas, sacarlas de la cuadra de buena mañana y llevarlas hasta los prados más jugosos. Luego tenía que arrearlas hasta el pilón, vigilar a los jatos, los terneros chicos que se desperdigaban por ahí y a veces quedaban a merced del lobo, y, sobre todo, procurar que no se metieran en los campos de los vecinos. No era un mal trabajo.

—¡Espera! ¡No corras tanto, chico! —gritó Yago detrás de mí.

Yo corría sin darme cuenta para no pensar en mi padre y en su muerte y menos aún en su tumba, a saber dónde. Pero me detuve y, al darme la vuelta, le vi en lo alto del cerro con los ojos empañados de lágrimas contemplando Barruelo.

—Ya estoy en casa —murmuró—, en casa.

Puesto que vivía en Barruelo y lo veía a todas horas, yo no me emocioné como Yago. Pero sabía que, aunque no fuera un pueblo bonito, era nuestro hogar.

16

Barruelo, al pie de la sierra de Brañosera y a orillas del Rubagón, había cambiado mucho en los últimos años. En épocas de mi bisabuelo era una aldea más del valle, pero desde la llegada del ferrocarril y las minas había crecido una enormidad. La Compañía Minera había ido construyendo cuarteles para albergar a las familias venidas de fuera y, poco a poco, el pueblo había ido escalando los montes, ocupando las dos orillas del río y comiéndose los bosques hasta convertirse en un sinfín de barrios con nombre propio: el Helechar, el Río, San Juan, Bolaredo, la Leche, Perché, Santiago, San Pedro.

Cuando era niño, la chiquillería inundaba las calles empinadas y se liaba a pegar patadas al balón y a saltar a la comba en las plazas cubiertas de lodo. La vida se sucedía al son de las sirenas de las minas que indicaban la salida de los mineros y la apertura de los bares. Hombres rudos, gente venida de todos los rincones de España, humo, ferrocarril, bullicio y chavales, muchos chavales. Así era mi pueblo.

Eso era antes.

Yago y yo atravesamos las calles vacías que nos devolvían el eco de nuestros pasos.

Yago estaba asombrado.

—¿Qué pasa aquí?

Yo callé. Después de dos años, la guerra se había llevado a los mineros. Solo quedábamos algunos niños, algunas mujeres, los nacionales, los afectos al régimen y el silencio. El silencio era lo peor. Podíamos oír hasta el zumbido de los mosquitos antes de picarnos. El miedo nos hacía estar calladitos. Ya no pegábamos gritos, ya no reíamos ni voceábamos como antes de la guerra. Los chavales, que yo ya era mayor, jugaban sin armar broncas y, si se caían y se lastimaban las rodillas, se fastidiaban y no lloraban. Todo pasaba en sordina. Nadie rechistaba. Por si acaso.

—¿Tu familia está bien? —preguntó Yago para romper el silencio.

—Sí —le respondí sin muchas explicaciones.

Nadie daba demasiadas explicaciones en aquellos tiempos. Estar bien era estar vivo. Mi madre, mi abuela, mis cinco hermanos pequeños y yo estábamos vivos y teníamos casa.

Y de pronto y sin venir a cuento, Yago, un bocazas que ya no podía aguantar más la noticia, me soltó de sopetón:

—Tu padre está vivo.

Me dejó helado.

¡Vivo!

¡Mi padre estaba vivo!

A una madre no se le replica

18 Me dieron ganas de palmear, de gritar de alegría, como cuando el balón entraba en la portería y junto con mi equipo coreábamos el «¡goool!» a voz de trueno.

—¡¡¡Vivo!!! —exclamé por fin.

Me había convencido con tanto encono de su muerte que las palabras de Yago fueron algo así como una resurrección milagrosa.

Y lo grité a los cuatro vientos.

—¡¡Padre está vivo!!

Luego entrecerré los ojos y me lo imaginé.

No me costó demasiado. Imaginar a un padre vivo es lo más natural del mundo y no tiene ningún mérito. Mis hermanos y yo siempre hablábamos de padre como si fuera a regresar en cualquier momento con la cara ennegrecida por el carbón de la mina, el cigarrillo en la boca y la tartera en la mano izquierda. Así era como entraba en casa todas las noches. Se metía en la cocina, se aseaba con un barreño de agua caliente que mi madre le tenía preparado, y se secaba con una toalla limpia. Antes de ir a dormir se asomaba a la habitación del primer

piso, donde los cuatro chicos nos arremolinábamos en el mismo camastro, y movía la brasa del cigarrillo en el aire dibujando figuras imaginarias. La voluta del humo y la punta incandescente del cigarrillo era lo único que mis hermanos más pequeños asociaban con nuestro padre.

Yo no. Yo era el mayor y había vivido más tiempo con él. Por eso tenía más recuerdos que mis hermanos y prefería recordarlo en el monte cazando.

Mi padre me enseñó a cazar conejos. Con la ayuda de Greta buscábamos las madrigueras, preparábamos trampas, los asustábamos y los atrapábamos al salir. Por la noche, los desollábamos y los asábamos sobre la fogata aderezados con hierbas. La carne estaba muy sabrosa, sabía a romero y tomillo, sabía a bosque.

Dormíamos al raso, bajo los robledos, calentándonos junto a los rescoldos del fuego que mi padre iba avivando durante la noche.

En el monte palentino, las noches de primavera son tan frías que el aire muerde. Y hay lobos. Pero mi padre me cubría con una manta y ponía su mano en mi espalda. Y yo, un niño, me dormía sin miedo y sin frío porque mi padre estaba conmigo. Así era como me gustaba recordarlo.

Yago y yo entramos en casa. Yago renqueando, yo con los nervios a flor de piel y con deseos de explotar de alegría y celebrar la noticia.

La cocina, chiquita y con lumbre de carbón, olía a leche hervida y a berzas. Mis hermanos crecían enfermos, por eso les traía leche de las vacas de Severiano. Mi

madre decía que todo se cura con la panza llena, pero con los pocos víveres que había en nuestra cocina yo la sentía siempre vacía. ¡Cómo añoraba el olor de las morcillas y el pan caliente!

20 Mi madre y mi abuela, atareadas, levantaron la cabeza a la par y se quedaron con los ojos prendidos en el invitado. Ni a saludar se atrevían, por si acaso. La guerra había dejado el miedo y la desconfianza flotando en cada encuentro. Demasiadas delaciones, demasiadas venganzas. La hospitalidad de los valles era cosa del pasado.

Las dos, alertadas por el uniforme que le delataba como a un fascista, murmuraron algo parecido a un saludo, pero sus caras hablaban por sí solas. «A saber con quién anda y qué órdenes tiene de los que mandan», me pareció leer en sus miradas.

A Yago le brillaron los ojillos, las saludó, aceptó un trago de vino que le ofreció la abuela y les explicó las cosas a su manera. Poco a poco, al estilo palentino.

—Ya veis, me hirieron en el brazo y me licenciaron.

—Algunos tienen suerte —musitó mi madre.

—Anduve desde Oviedo, cae lejos —continuó Yago.

—Y que lo digas, Marcelino fue dos veranos a apacentar las vacas y nos lo contaba —comentó la abuela, que siempre que podía rescataba del olvido los recuerdos del poco tiempo que pasó con el abuelo.

—Pues de camino a casa, pasé por dos campos de concentración. Ya sabéis lo que son. Muchos soldados, muchos prisioneros de guerra.

Yo ardía en deseos de soltar de una vez lo que sabía, pero Yago había conseguido que mi madre y mi abuela se quedaran expectantes.

—En uno de ellos estaba Pascual —dijo al fin.

Se hizo el silencio. Un silencio oscuro, como el del trueno antes de estallar.

—¡Vivo! —añadí yo sin poder reprimirme—. ¡Padre está vivo!

Ni siquiera me miraron. No quitaban los ojos de encima de Yago, como si fuese un fantasma presto a desvanecerse en cualquier momento.

21

—Me pidió que os avisara de que estaba vivo y que os diese muchos recuerdos.

Mi madre y mi abuela lo escucharon sin pestañear.

Lo escucharon, pero no le creyeron.

Lo supe por la dureza de su rictus. Por su forma de tragar saliva.

No creían a Yago.

No habían tenido ninguna noticia de mi padre en dos años y ya habían asumido lo peor. Le daban por muerto, como tantos y tantos hombres. Lo imaginaban acribillado por las balas junto a la tapia de cualquier cementerio.

—No puede ser, no era él —negó mi madre.

—Que sí, te digo que era él —repitió.

—Madre, Yago le conoce de toda la vida —me permití opinar.

—¿Estás seguro? —insistió ella.

—Segurísimo. Por eso he venido.

—¡Ay, Señor! ¡Ay, Señor! —se lamentó mi abuela en lugar de alegrarse, y se sirvió un vaso de vino. Fue una de las pocas ocasiones en las que vi beber a la abuela; la otra había sido con el parto de los gemelos, mientras atendía a mi madre—. Qué va a ser de nosotros —continuó lamentándose la mujer.

—¡Abuela, que está vivo! —le recalqué un poco molesto por su pesimismo.

22 —Ay, hijo, no sé qué es peor, si estar muerto o en un campo de prisioneros —me soltó.

—Está vivo —intervino mi madre con un tono ilusionado en la voz que no le oía desde hacía mucho tiempo—. Vivo —repitió con extrañeza.

Y todos nos la quedamos mirando.

Tenía una luz particular en la mirada, como cuando sacaron a mi hermana Chusa, la pequeña, de la poza. Los demás la dábamos por muerta hasta que escupió el agua y se echó a llorar.

Mi madre había digerido la noticia y se le veía en la cara que ya podía comenzar a hilvanar los recuerdos de mi padre como hacía yo.

—Mi Pascual está vivo —repitió de nuevo.

Será porque si las cosas se dicen muchas veces acabamos por creerlas.

—Muy hambriento, pero vivo —puntualizó Yago—. Estaba en los huesos el pobre.

Mi madre reaccionó rápidamente y comenzó a moverse de aquí para allá, ajetreada. Ella tan prudente, de pronto se lanzó a una actividad frenética. Algo barruntaba.

Metió en un zurrón todo lo que tenía a mano donde se pudiera hincar el diente. No mucho. Cecina, pan duro, queso y un chorizo que reservaba para el invierno.

«¿Qué demonios está tramando?», me pregunté. No tardé en averiguarlo.

—Miguelín le llevará comida y ropa a su padre para que no le falte de nada.

Miguelín era yo, claro. Mi madre me señaló el zurrón con un amago de sonrisa —que ya no sabía ni sonreír— y yo me quedé patidifuso.

—Te prepararé un hatillo para el viaje y saldrás mañana temprano.

Ni reaccionar pude. ¿Un viaje? ¿De verdad mi madre estaba proponiéndome que viajase hasta Oviedo? ¿Más de doscientos kilómetros a través de las montañas repletas de lobos y desertores?

—Y en cuanto le encuentres no le pierdas de vista. Vaya donde vaya, le lleven donde le lleven, tú le sigues. Luego me dices dónde está.

Yo la miraba sin creer lo que me estaba pidiendo. Me había quedado mudo.

—Y si ves la posibilidad —dudó unos instantes—, os dais media vuelta y os volvéis los dos para casa.

Casi nada. Como si fuera tan fácil. Como si regresar a casa con Pascual Serna, un minero huido y buscado por la Guardia Civil, un prisionero rojo del ejército nacional, fuera lo más normal del mundo.

Madre lo dijo sin pensar y sin caer en la cuenta de que yo solo tenía trece años.

Iba a replicarle, pero no pude. Me miraba con una chispa de ilusión que yo apenas le conocía. Por unos instantes había arrinconado la tristeza. ¡Qué guapa que estaba!

—¿Cuidarás de él, Miguel?

Y me lo dijo así, con mi nombre entero y sin diminutivo, como si ya fuera un hombre.

No le repliqué. Ella me puso el zurrón en las manos y yo, tras unos segundos que se me hicieron eternos, se lo devolví.

24

Con ese gesto le rompí el alma.

Y se echó a llorar.

Qué pena me daba. Y a pesar de todo no podía hacer lo que me pedía. Me veía incapaz de atravesar media España, encontrar a mi padre y traérselo a casa, tal y como ella quería, pero no le repliqué. Escuché sus lloros, callé y bajé la cabeza avergonzado.

A una madre no se le replica, y a una madre guapa menos todavía...